

Unos apuntes sobre La Tejera de Masegosa

Emilio Guadalajara

La teja tradicional o de media caña, mal llamada la «árabe», es un bien muypreciado por su escasez, ya que las antiguas tejerías abandonaron su actividad en torno a 1.970.

Si el empleo de la teja fue introducido por los romanos (de ahí la confusión con «árabe») sus dos mil años de historia merecen algo más que esta escueta colaboración. Este apunte tiene por objeto redescubrir la industria tradicional de la teja y nada mejor que tomar como sana excusa la tejería de Masegosa, sita en Las Povedas. Allá vamos. Buen provecho.



Estado actual de la tejería de Las Povedas.

Una mínima historia del tejado

Las primeras evidencias del dominio del fuego en la península datan de hace 800.000 años, concretamente en Cueva Negra, en la pedanía de La Encarnación, de Caravaca de la Cruz en Murcia. Como puede imaginarse la habitación humana se reducía a un abrigo rupestre natural y por tanto la techumbre estaba garantizada «de por vida».

El salto a la primera cabaña es importante. En Europa puede situarse en Niza la construcción de un primer refugio artificial y su datación cronológica apunta hacia el 150.000 a.C. En realidad se trata de habitáculos de planta circular fabricados con ramas y pieles, de aspecto cónico y por tanto no se pueden distinguir paredes de techo.

Unos apuntes sobre La Tejera de Masegosa

Es Catal Huyuk (Turquía) uno de los primeros sitios donde hace unos seis mil años existió una ciudad con casas adosadas en las que se compartían las paredes verticales. Curiosamente se accedía al interior de la vivienda por el tejado que debía ser plano y horizontal, construido de vigas (en nuestro hablar serrano: «cabrios»), cañas y barro crudo. Cabe suponerse que buena parte de la vida cotidiana tuviese lugar en el tejado.

Salvando las distancias físicas y cronológicas, hay que echar un vistazo al Museo de Albacete para encontrar evidencias de algo similar a Turquía. En ambos casos el techo se hace excesivamente pesado, cosa que no viene mal si el clima es desértico o subdesértico, debido a la escasa conductividad térmica del barro crudo. Así, por el día se calentaría el techo que protegería del calor directo. Por la noche el calor acumulado en el suelo se irradiaría hacia el interior de la vivienda y para evitar que escapase se cubriría el tejado con una manta de lana. Es posible de que en aquellos tiempos Albacete podría haber tenido un clima así.

Pero un techo tan pesado limita las dimensiones de la vivienda hasta un máximo de entre tres y cuatro metros en los vanos.

Los pobladores prerromanos de Cuenca aumentaron la superficie de sus viviendas sustituyendo el barro por bálago. Al no ser un material impermeable, obliga a dar inclinación a la techumbre y facilitar así la evacuación de las aguas pluviales.

Pero un tejado de materia vegetal es altamente inflamable, máxime cuando la única calefacción de la vivienda es por hogar de leña. Esa misma preocupación por los incendios la tuvieron a lo largo de la Edad Antigua y por ello los romanos incorporaron el sistema de tejas cerámicas o de barro cocido. En su caso ese sistema se componía de tejas planas de grandes dimensiones (tegula) y de cubres en media caña (imbrice). Es ahora cuando se entiende la mal llamada «teja árabe». Con el fin de que los pájaros no se refugiase, se usaban las antefijas (o antefixias) cuya misión era taponar los huecos dejados por las boca-tejas de media caña. Además de ello, esas antefijas daban un toque estético que denotaba opulencia.

Esa clase de tejado solo se la podían permitir los patricios, ya que la plebe, si es que tenía vivienda propia, seguiría usando la paja para el tejado.

La conquista de Cuenca por Alfonso VIII (1.177) trajo importantes avances constructivos y sobre todo legislativos. En el Fuero de Cuenca los tejares tienen la consideración de bienes de uso común:

«Todas las canteras, yesares, molares, tejares y también las fuentes perennes sean de propiedad común del Concejo. Quien en una heredad suya tenga un molar o alguna de estas cosas citadas anteriormente, véndala al Concejo por una heredad doble de grande, y sea comunal...»- Capítulo VII . 2.

«Cualquiera que tenga ocupado un molar, un yesar, un tejar o una cantera por más de treinta días, pierda su trabajo y sea del que primero se apropie de élla--». Capítulo VII. 3.

Por tanto el Fuero garantizaba las posibilidades del pueblo para un tejado digno y más seguro ante los incendios. Pero además salvaguardaba los derechos del consumidor:

«Los ladrilleros y los tejeros hagan las tejas que tengan dos palmos de largo, un palmo y medio de ancho en la cabeza, y un palmo y una mano en el otro extremo, y tengan grueso cuanto el nudillo del dedo pulgar tiene de largo. Y estén cocidas de tal manera que no se rompan por el hielo o por la lluvia. Y si por el hielo o por la lluvia se rompen antes del año, el tejero páguelas. El millar de tejas véndase a cinco mencales». Capítulo XLII. 13.

Estas concepciones medievales se han mantenido hasta la desaparición de las tejerías municipales, ocho siglos después.



Alero de un viejo tejado en el pueblo de Masegosa.

Tejeros alicantinos

Si las tejerías son propiedad del común y municipal, los artesanos de las mismas nada tuvieron que ver con la provincia de Cuenca, al menos los que rondaron por las tierras de Masegosa.

Fueron los procedentes de Biar (Alicante) los que monopolizaron esas industrias. Una pista de absoluta fidelidad la ofrece el Boletín Oficial de la Provincia de fecha 1 de abril de 1.901. Al parecer el pueblo de Bólliga denuncia a dos tejeros de Biar por impago.

D. Miguel Maestre Castelló, cronista oficial de Biar, en entrevista mantenida el pasado 4 de septiembre, hizo unas interesantes revelaciones que se exponen a continuación.

Allá en Biar se habla de «les castellers» (o castellers) como familias que salían de Alicante en torno a los meses de abril y mayo, para regresar de nuevo para San Miguel (29 de septiembre). Su objetivo era la fabricación de la mayor cantidad posible de tejas, habitando los tejares municipales de las regiones de Navarra, Aragón, Castilla La Mancha y sobre todo Madrid.

En Biar la tradición cerámica se remonta al principio de los tiempos ya que sus barreros tienen una calidad excepcional. Si entre los siglos XIX/XX la fabricación de lozas decoradas no tenía que envidiar a las famosas de Manises, nunca se descuidó la fabricación de vulgares materiales de construcción. Puede decirse que los biarenses eran especialistas en la fabricación de tejas esmaltadas para tejados en cúpula, prototípicos en las iglesias de la región de Valencia. El ferrocarril Madrid-Alicante era el medio utilizado para sacar esos productos, además del aceite (aceituna del «cuquillo») y el vino «fondillón».

Una de las últimas fábricas de teja vidriada ha estado en funcionamiento hasta bien empezado el presente siglo. Se trataba de la fábrica de Bautista Sirera Vilar.

Parece evidente que los diferentes momentos de crisis vividos desde 1.898 hayan obligado a la emigración a los tejeros de esa villa, buscándose la vida en las inmediaciones de ciudades emergentes. De ahí que muchos de ellos se concentrasen en torno a Aranjuez y con ello abastecer de teja a Madrid.

La Sierra de Cuenca debía ser un nicho poco explotado y aunque la demanda de teja no era grande, merecía la pena lo poco a la nada.

La fabricación de la teja

La «novedad» de tejado árabe consiste en usar una sola forma de teja colocada tanto para río como para cubre. Esa simplicidad supone un avance considerable en tiempo y sobre todo en recursos. Tres formas romanas significaba tres moldes y tres modos de cocción distintos.

El proceso empieza en la selección del barro ya que el material en bruto del yacimiento presenta partículas nocivas de caliche que es preciso apartar, puesto que el comportamiento de éstas en el horno es hacer estallidos y romper la teja. El material llegaría al tejar en espuestas de esparto y directamente se procedería a la molienda con un rulo de era. El polvo sería cribado en cedazos y con ello se apartarían los caliches de mayor tamaño.

De ahí se pasaría a la poza de decantación añadiendo agua y removiendo constantemente para que la arcilla quedase en suspensión mientras que los granos de caliza caerían al fondo. El esmero en esta operación es fundamental para el producto final y ello depende de la mano de obra disponible, de las

Unos apuntes sobre La Tejera de Masegosa

prisas o simplemente de la calidad del barrero.

A continuación llega el amasado y para ello se usa otra cubeta en el suelo. Esa operación se hace con los pies y cualquier persona de cualquier edad era bienvenida.



Poza de agua en las cercanías de la tejera.

La formación de la teja requiere de un molde conocido como «galápago» y consiste en un trozo de madera o chapa de hierro en forma de media caña y con diferente medida en los extremos, ya que la teja debe «emboquillarse», es decir, encajarse una en otra para dejar escurrir la lluvia. El galápago recibirá la pella de barro y son los dedos de artesano quienes lo adaptan procurando su perfecto extendido y evitando dejar cámaras de aire, otro peligro para el horneado.

Si el barro está en su punto, permitirá el fácil vaciado del galápago, simplemente con dejarlo sobre el suelo y dándole un súbito tirón desde el extremo ancho. La propia inercia le hace permanecer con la forma al ser abandonada la teja cruda en el suelo. Es por ello que una cara de la teja es muy lisa (la inferior), mientras que la otra tiene la huella de los dedos (la superior).

Se cuenta que en la zona de La Camarga francesa las artesanas eran mujeres y modelaban las tejas sirviendo de galápago sus propios muslos. De ahí el tamaño y sobre todo el dicho generalizado de que solamente podían ser tejeras las mujeres de muslos más duros y con formas prominentes.

Pero no nos dejemos llevar por la admiración de los atributos femeninos y volvamos a La Poveda de Masegosa. El sol secaría el barro y serían precisas algunas vueltas y revueltas a las tejas crudas para que la fuerza del sol estival produjese el completo secado. La especial forma en media caña es decisiva en ese secado, ya que el barro es retráctil en esa operación. Si la forma fuese plana, el diferente secado de la superficie provocaría la curvatura. La teja de media caña es curva de por sí y al secarse tanto por arriba como por abajo a la vez, evita la excesiva deformidad.



Galápago y teja (Fondo del museo etnográfico de El Tobar).

El tiempo en verano es traicionero y un día de lluvia arruinaría todo el trabajo. Por ello los tejares disponían de un cobertizo de tipo paridera, más o menos amplio y cuya misión es servir de almacén y segundo secadero. Así mismo, constituía la habitación de la familia.

Cuando ya se habían fabricado suficientes como para completar un horno, tendrá que llegar la última fase o de cocción.

El horno era una construcción muy rústica, aprovechando un hueco en un terreno con desnivel. Ese hueco estaba cimbrado por piedras y dividido en dos cámaras superpuestas, la inferior o de combustión y la superior o de cocción. Ambas estaban separadas por una bóveda de ladrillo que dejaba huecos entre las diferentes dovelas. Eran las toberas y servían para dejar salir en fuego de la cámara inferior.

Para llenar el horno se colocaban las tejas en vertical, perfectamente adosadas unas a otras, haciendo en varios pisos hasta completar las paredes. La sección cuadrangular del horno era idónea para facilitar esa forma de llenado.

Una vez completo habría que sellarlo a base de cascotes y barro en falsa bóveda, dejando varios huecos como chimenea.

La cocción empieza lentamente, como un simple caldeo, que remataría completamente el secado. Para ello se añadía en la caldera paja y materiales volubles como ramitas finas o aliagas. Ese caldeo puede prolongarse hasta medio día. Después se añade combustible más grueso y consistente, siempre de forma gradual hasta conseguir el máximo de cocción en el que las tejas adquieren un color rojo vivo similar al hierro en una fragua. Nunca se debe descuidar y bajar el fuego porque podría arruinar el proceso.

Según dictan las normas de la experiencia, el horneado completo será cuando las llamas salgan por la chimenea y el humo pase del color negro al blanco. En ese horneado se pueden pasar hasta un par de días, dependiendo la capacidad del horno.

Unos apuntes sobre La Tejera de Masegosa

Finalmente queda el enfriado muy lento, quizá más que el propio caldeo anterior. En total obtener un millar de tejas listas para colocar podría suponer de entre cuatro y cinco días.

Cuando el tejero ha completado los pedidos, efectuadas las entregas, repuesto las tejas rotas del año anterior y cobrado los dineros pactados de antemano, cambiará de tejería hasta la del pueblo vecino en donde será bien recibido. Así sucesivamente hasta el día de San Miguel, allá por finales de septiembre. Ese mismo día coincide con la contratación de pastores en vísperas de la trashumancia hasta los cuarteles de invierno.

Así la familia de tejeros iniciará su peculiar trashumancia llevando como hato legumbres o trigo pues en más de una ocasión debía cobrar en especies. No olvidaría pasar a ajustar cuentas con la tarja en la tienda de Masegosa, ya que como era costumbre había adquirido víveres de fiado. Quizá ese olvido fue lo ocurrido en 1.901 en el pueblo de Bólliga.



Las Povedas con la Tejera al fondo.

Epílogo

«Si me das algo viejo, que sea teja». Ese era el dicho que todavía circula y hace alusión a las bondades de ese material de construcción. No obstante seamos sinceros, la teja vieja que ha soportado un siglo ha resultado fruto de una selección «natural», ya que continuamente ha sido objeto de reposición. Es por ello que las «supervivientes» sean tan apreciadas sobre todo en la reconstrucción de edificios históricos.

Quiero dedicar estos apuntes a D. Miguel Maestre y a una antigua familia vecina y cuyo simple nombre ronda el anonimato. Se trata del matrimonio formado por José y María, biarenses que como muchos tomaron camino de Castilla y en su caso regentaron la tejería de Masegosa y El Tobar, dando con su noble oficio, techo a varias generaciones de serranos.